

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

DEFINICIONES

LOS CAMINOS DE LA VERDAD

EN un documento leído recientemente he encontrado el párrafo que sigue: «el pluralismo ideológico supone el relativismo: es el voto de la mayoría el que decide cuál es la ideología que posee la verdad». O en otras palabras, la democracia liberal consistiría, según esa tesis, en decidir, por mayoría de votos, cuál es el pensamiento político verdadero; cuál es la verdad.

De entre las innumerables definiciones que se han imaginado para describir el sistema por el cual se rigen hoy las naciones que marchan en vanguardia en el llamado Occidente libre, ninguna he oído que se ajuste menos a la realidad política y social de nuestro tiempo. Si a un británico, o a un francés, a un norteamericano o a un alemán, a un italiano o a un sueco, se le dijera que las instituciones de su país funcionan con el propósito de saber quién es el poseedor de la verdad, se echaría a reír creyendo que nos burlábamos de él. Si le explicáramos que de las urnas electorales iba a salir la verdad, como en una rifa el número premiado, acabaría suponiendo que estábamos locos. Nadie piensa que en el juego libre de las democracias occidentales la búsqueda de la verdad política sea el objetivo central de las instituciones públicas. Entre otras cosas, porque no se piensa que exista una verdad como tal, sino problemas y cuestiones de interés general planteados en el dinamismo de una sociedad libre. Estas tensiones se pueden afrontar de diversos modos, con distintos programas y soluciones diferentes. Tal es el pluralismo ideológico, que la Iglesia católica ha reconocido como condición inherente al desarrollo espiritual pleno del hombre en la sociedad política.

Los grupos o partidos que ofrecen alternativas diferenciadas para que la opinión pública las sancione con el voto popular tratan, en efecto, de conseguir apoyo mayoritario a sus puntos de vista, pero no para declarar que en vista de ello son los propietarios de la verdad, sino, más modestamente, para interpretar adecuadamente ese sentir de la mayoría de los electores que se identifican con su programa. De ahí nace la idea de consenso, de aceptación por parte de los gobernados de la tarea gobernante. De ahí también, el respeto a las minorías, a los disidentes, a los vencidos en la consulta porque

también ellos tienen derecho a ser escuchados, a tener otros criterios, a discrepar en suma, de los que ejercen el poder. El gobierno democrático moderno no debe trazar el rumbo de su ejercicio con líneas rígidas, sino con una curva, que es la resultante de numerosas fuerzas y presiones diversas y contrapuestas de orden político, económico y social. Un hombre de Estado actual sabe muy bien hasta qué punto los grandes problemas que afronta vienen en gran parte condicionados por el contexto en que se plantean dentro o fuera del país. Los márgenes de maniobra son, por lo común, escasos. Las tácticas a utilizar pertenecen a un cuadro reducido. Sea de uno u otro partido, el gobernante viene atado por la íntima estructura de las cuestiones que tiene sobre la mesa. ¿A quién se le ocurriría invocar en esas circunstancias, la verdad? ¿Cuál es la verdad laborista, la verdad conservadora, la verdad socialista, la verdad democristiana? Solamente un entero desconocimiento de lo que es la realidad institucional de los países democráticos del mundo no comunista, puede llevar a la afirmación de que lo que se trata de obtener por medio del pluralismo es la búsqueda de la verdad.

Ni siquiera el marxismo es, para sus seguidores, en esencia, un cuerpo de verdades, sino un método de análisis económico-social aplicable a cada comunidad nacional, del que se deducen, no verdades, sino criterios pragmáticos, variables y modificables. En cuanto a la dictadura del proletariado es un sistema de despotismo uniclasista que nada tiene que ver con la verdad, sino con la voluntad revolucionaria de los que lo ejercen a despecho de la eventual opinión de la mayoría.

La «voluntad general» de Rousseau no es la expresión de una verdad, sino el exponente de una suma de opiniones en un sentido determinado. Se podrá argüir contra ese principio, por considerarlo arbitrario y peligroso, pero en toda construcción humana política interviene siempre un artificio o expediente instrumental para hacer viable su mecanismo. El método de la mayoría, después de larga, difícil y contradictoria experiencia, se ha hecho consustancial con la vida pública de la sociedad industrial de Occidente, que le ha añadido frenos, cauces,

cortapisas y contrapesos para hacerlo funcionar lo mejor posible y evitar exageraciones o inestabilidades. No es un sistema perfecto; ni resuelve, por sí, los problemas; ni sirve de panacea a las cuestiones más arduas; ni es siempre cómodo; ni deja de tener graves riesgos; ni está exento de inconvenientes; ni acierta siempre. Pero como dijo Winston Churchill en memorable frase, «malo y todo, es mejor que los demás sistemas que yo conozco». Y además no trata de encontrar, definir o adjudicar a nadie la posesión de la verdad.

La verdad la busca, define y posee la Iglesia para ofrecerla a sus fieles, como depósito de la Revelación divina y como fruto de la propia tradición eclesial. Pero trasponer al plano político el lenguaje y los conceptos de aquella institución es caer en la tentación teocrática de la que en nuestro país muchos no están exentos. Piensan los teócratas que existe, en efecto, una verdad absoluta en el orden temporal y que un grupo o clase determinada puede poseer esa verdad y, en su nombre, imponerla a los demás. Tal fue la esencia de los fascismos, teocracia nacionalista de cuya vigencia y resultados la Europa occidental recogió ancha, trágica y sustanciosa experiencia en la segunda guerra mundial. Los teócratas rechazan todo relativismo, como los creyentes lo hacen con el eclecticismo o la indiferencia, reputando herejes a los que discrepaban y proclamando —antes del Concilio— que fuera de la Iglesia no hay salvación.

En la ecuación de poder que rige los estados modernos democráticos funcionan la fuerza, la opinión, los intereses, la presión de los grupos, la tensión de las clases y la dinámica cambiante de la sociedad. También funcionan —en una u otra modalidad— los partidos o asociaciones ideológicas. Lo único que no rige en ellos es el concepto de la verdad, la búsqueda de la verdad. El hombre de nuestro tiempo es demasiado avisado, demasiado experto para caer en ese trasnochado dogmatismo que diga: nosotros y sólo nosotros somos los poseedores de la verdad».

José María DE AREILZA

ANSIAS DE CONTEMPLADOR

HACE servidur vida urbana, y aunque la ciudad en que vive tiene frente a sí el mar, y hacia el interior un valle, el Frágoso, que ya está como «mui fermoso» en el refrán gallego de los días del rey Alfonso, el de las Cantigas, poca ocasión tiene de saber cómo andan los campos, si hay que hacer rogativas «ac potendan pluviam» para el maíz, y si las varias manos de sulfato han salvado ya los racimos en las viñas nuestras antiguas, romanas unas y románticas otras; y las luces de la ciudad impiden, además, contemplar las estrellas. Abandonados tengo a los dioses agrarios. A Deméter, por ejemplo. La llamaran los griegos la Rubia, por el color de las mieses maduras. Hace unos días que viajé por la Galicia central, por tierras de Arzuva y de Mellid, por donde va el Iso, río verde, y se alzan las torres de Pambre —un castillo más hermoso que Vindiliora en los libros de caballerías—. Segaban el trigo, y en la misma tierra cercal ataban los haces y formaban las medas apoyando, verticales, unos haces con otros, y cada meda semejaba una tienda bajo la que se cobijaba un héroe en víspera de la batalla, o el todo como un enorme campamento de la confederación de los «sioux», o de mis amigos los comanches lacónicos, de doble cinturón en el sendero de la guerra. Pero éstas son otras ima-

ginaciones, y hoy toca tema casi sacro. La Rubia, la diosa antigua de las eras, estaría por allí, en cualquiera de aquellas colinas pardas, fecunda, sorprendida de su propia fecundidad. Fue Deméter quien enseñó el pan a los hombres. En mi mirada cristianizada hay para ella, para la vieja madre coronada de espigas, una encendida parcelilla de gratitud... Como lo más propio del hombre es transformar la felicidad, tan pronto se apresa, en nostalgia y paraíso perdido, aún la Rubia está aquí, y ya pensamos en los días en que Perséfone, la amada hija, vuelva al Hades. Secarán los campos y caerán las hojas en los árboles del bosque. Algunas, como las del abedul, para morir necesitan convertirse antes en monedas de oro. Las del castaño, una vez en tierra, pudren dulcemente. Las del roble se resisten a la muerte. Pero ahora, todavía, la joven de largas trenzas descansa su cabeza en las rotundas rodillas maternales, en las rodillas mismas de la tierra bien labrada, de la Rubia, la matrona cereal. Los días son ricos y las tardes se alargan majestuosamente. Sobre las colinas del condado de Monterroso, se posan unas nubes de oro. Quizá las enormes manos georgicas de la Rubia que vuelven a los surcos, a recoger espigas olvidadas. Alguna vez le vieron hacer eso mismo los helenos. Las ma-

nos de Deméter son verdaderamente de oro cuando bajan a la tierra nuestra tan usada, a recoger la espiga del trigo mariñán o del centeno pallarés, granos menudos y prietos, pero pan al fin, materia para la hogaza bien cortezada.

Y quien no puede ver cotidianamente la Rubia, tampoco contempla las estrellas. Si estuviere ahora en mi lejana —lejana, lo dice la saudade—, ciudad natal, estaría por las noches asomado a la ventana de mi cuarto buscando a Espiga, de Virgo, y atendiendo adónde va a aparecer el Protovendimiador, Arturo, el «custodio de la Osa» —¿y quizás el mismo nombre, la misma raíz que el de Arturo, el rey de Bretaña y de la Tabla Redonda?—. Vega, de Lira, cenital, ha estado presidiendo las trillas. Y en el Dragón, tercera por la cola, asoma Thuban. Hace cinco mil años fue la polar, la estrella que recibía las miradas marneñas. Acaso era la polar cuando iba Jasón al Vellocino de Oro, y regresaba con Medea, la terrible amante. O quizá ni Jasón navegase todavía; acaso nadie navegase aún, y no habían sido inventadas ni la vela ni el remo. Por estas fechas, hace algunos años, cuando quería escribir de Simbad el Marino, estaba impaciente porque llegasen los días en que se veía a Altair del Aguila, al-nasr al-tair, el águila que vuela, amada por los

pilotos del Califá de Bagdad. Fue la estrella que surgió sobre la cresta gallinácea del Ave Roch. Cada estación me traía su estrella. Perdía a Arturo, naranja tan amiga, con el otoño, pero comenzaba a ver a Alfa del Cisne, una rosa de septiembre. Y en enero me llenaba los ojos con Aldebarán, y en febrero saludaba a Betelgeuse en Orión, y a Cástor y Polux, y a Cabra del Auriga. Y todo desde una pequeña ventana, de pequeños y cuadrados vidrios, y en la nocturna soledad.

Si desde la madura edad uno pudiese volver a mocedades, y elegir oficio, ¿cómo no preferir a todos el de contemplador de estrellas? Un Webb, un Buttman, un Al Sufi, un don Ramón María Aller que las contemplaba en su alto Lalín y en Compostela... O el mismo herr Lerkowitz, que tenía otro oficio verdaderamente apetecible, el de «camarero mayor y trinchador heredario de Caserío», a quien Keplero dedicó el «Misterio Cosmográfico», y que habiendo trinchado a medio día el urogallo en la mesa imperial, por la noche subía a la Brajturn, a ver a Régulo, la estrella que más amó de todas, en el cenit en abril.

Pan, urogallo, estrellas... Bien más ricos somos de lo que pensamos.

Alvaro CUNQUEIRO

PREFERENCIAS

SOBRE MOZART Y OTRAS MUSICAS

Yo, en un caso de apuro, escogería a Mozart. Afortunadamente, no se dan tales «casos de apuro», y uno va a la suya con un pequeño repertorio de preferencias bastante ecléctico, como cualquier hijo de vecino. La hipótesis de una «elección» ajante suele ser cosa de encuestas, de cuestionarios Proust, de preguntita bobia en interview deshilachadas. Ya se sabe: ¿cuáles son los diez libros que usted salvaría, si una catástrofe total amenazase destruir la bibliografía entera del mundo?, o «¿qué cuadro, en el incendio de tal o cual pinacoteca?», o «¿la flor que más le gusta, el color que le conmueve, el sitio donde vivir?... Ignoro qué sentido o qué utilidad puedan tener estos «tests», como no sea el simple juego de salón o simplemente pasar el rato. Por lo general, las respuestas son «mentiras». No digo que sean «insinceradas», porque es muy probable que la víctima del interrogatorio pronuncie nombres propios o comunes que le son caros: así ha de suponerse, al menos. Pero parece más cierto que nadie se haya planteado antes, y en serio, la eventualidad de una selección tan drástica. Se improvisa una contestación, y en paz. En la práctica, sería horroroso tener que limitarse tanto. Sea como fuere, en música, y por decir algo, me inclino por Mozart.

Es, desde luego, una solución estrictamente personal, y, además, sin el menor propósito de que se me tome al pie de la letra. Si me viese forzado a no escuchar otra música que la de Mozart, acabaría prefiriendo el silencio absoluto. «Siempre perdiz, también cansa», en principio. Y, por otro lado... Hubo algún teólogo medieval, curiosamente enterado acerca de lo que en el catecismo de mi infancia llamaba las Postrimerías, cuya descripción de las penas del Infierno era, en el fondo, un «pecar más». O sea: el castigo del fornicario consistiría en pasar la eternidad fornicando, el del gloton comer y beber, el del avaro acumular dinero, el del perezoso permanecer echado a la bartola, y los demás por el estilo. Y quizá no estaba mal visto, por supuesto. Un solo y mismo «placer», incesantemente repetido, sin variedad ni pausa, deja de ser placer y se convierte en tormento. O en algo así. Del apetito a la saciedad hay un trecho enorme, por lo general; después viene el empacho, o la rutina, que es peor, y el hastío. Doña Victoria Ocampo, nuestra antigua amiga de la «Revista de Occidente» —¿vive todavía?, llegó a entusiasmarse con «La Consagración de la Primavera» por pura fatiga de la «Quinta Sinfonía»: lo contó en sus primeros, y preciosos, «Testimonios». Era una motivación estúpida, pero comprensible.

Lo mismo sería con Stravinski que con Beethoven, a la larga. Y con Wolfgang Amadeus Mozart, claro está. Y no digamos ya con los genios invadentes, como Palestrina, Bach o Wagner. La ventaja de Mozart es que me resulta menos «aburrido» que los otros, en el supuesto de consumirlo en dosis masivas. A esto llamo yo «preferencia»: a que algo o alguien «tarde» en abu-

rrime más tiempo que sus homólogos o colegas. En música, hay compositores que no aburren —perdón: que no me aburren—, incluso a lo largo de unas cuantas, enteras jornadas de audición: Gesualdo, Mozart, Chopin, Tchaikowski, y, en definitiva, Cole Porter ¡qué caramba!. «La melodía es lo único que sobrevive», dicen que dijo una vez Igor Stravinski. Pongamos que no lo dijo Stravinski —uno de los compositores más insignes de toda la historia, que en toda su obra quizá no haya «inventado» una sola melodía—, y que la opinión tenga una procedencia menos laudada. ¿Por eso, pues? No «únicamente» por eso, sin duda. Los ciudadanos que hoy se dedican a confeccionar partituras de «vanguardia», se encuentran liados en una confusión sensacional. El asunto de la pintura, con lo figurativo, lo abstracto, lo informal, el pop, el op, y todo lo que se quiera, es una jocunda cuchipanda académica al lado de lo que se plantea en el ramo «estético» del sonido. Los recursos para manejar colores y formas son, hoy por hoy, insignificantes si los comparamos con los trucos para hacer ruido. Las oportunidades «sonoras» más incisivas ya prescinden del atonalismo y sus derivados, y se entregan a la manipulación de chismes más o menos electrónicos. La melodía desaparece. Desaparece la mismísima «música», en el concepto «tradicional» del término. La flauta, el violoncello, la garganta, están a punto de descender al nivel de fósiles.

Este es un problema «profesional». Los músicos hacen música «entre ellos», y allá se las arreglan: a quien san Juan se le dé san Pedro se le bendiga. Pero la clientela somos «nosotros». Y, en música más que en otros ramos de las «bellas artes», la clientela es típicamente «heredera»: asume el volumen de producción del pasado sin manías ni remordimientos. La superstición de la «cultura» ha sido siempre menos apremiante que en literatura, en escultura, en filosofía, en pintura. Tal vez porque la música es más «consustancial» con la vida de la gente que las «artes» plásticas y verbales. La música nos envuelve: cantar, bailar, silbar, escuchar, nos llevan a una forma u otra de música. Los Beatles, la «Internacional», un concierto, el guateque, la discoteca, el clan «maldito», la charanga militar, el Conservatorio, los coros de barrada o de sociedad obrera, las verbenas, el transistor, etcétera. La música nos penetra por todas partes, sea «ésta» o «aquella» la música en cuestión. No podemos cerrar los oídos o como cerramos los ojos ante un cuadro o ante una página... Y o nos «aburre», o no. El «criterio» cambia según el nivel de cultura, o la chamba social, o... Pero toda música es, como la de Telemann o la de Delalande, «pur le souper du roy». Un «acompañamiento»: una compañía, en la mejor y más sutil acepción de la palabra.

Mozart es un buen compañero. No he encontrado otro mejor. Nunca defrauda. Hay muchos, muchísimos otros que le ganan en

funciones «especiales». Bach es mucho más monumental; Wagner es un comediante excelso; los pequeños románticos —Chopin, Schumann, Schubert— nos encantan con una fascinación de jarabe familiar o de amor adolescente; los Vivaldi, Albinoni, y toda la tropa del Barroco son merengue cien por cien —y a mí me parecen la encarnación de la «delicia» más fija, si no sobrepasan la hora y media—; los nacionalismos pintorescos entretienen, sean Albéniz, Glinka, Bizet, Falla, Giner, Respighi, el maestro Rodrigo, el primer Bartok, el maestro Serrano; Brahms es una lata, y Mahler, y Bruchner; y... Tendríamos que traer a colación a Debussy, a Ravel, a Shostakovitch, a Villalobos, y Satie, y Berg, y Poulenc, y Britten, y mil más. Mozart les supera. Mozart, en su corta vida, y para ganarse el sustento, tuvo que fabricar cantidades prodigiosas de música: misas para católicos, cantatas para masones, óperas para el público indiscriminado, serenatas, quintetos, conciertos, sinfonías, danzas... Mozart siempre es «previsible»: creo que el señor D'Ors ya lo observó. Después de un «tirurirí» viene indefectiblemente un «tirurirí»: técnicamente, eso tiene su nombre, y yo soy profano en la materia y no puedo exponerlo como Dios manda. Pero la «previsión» es una Musa afectuosa. Y magnífica, cuando se ve obligada a «cambiar». Mozart es inagotable en sus «manejos». Componía lo que le mandaban, o lo que podía cobrar. Se acomodaba al «amo». El tedum y el minué, al alimón.

Es la vida. Y porque lo es, o lo era, sigue siendo. El «Requiem» de Mozart es «l'opera de la Mort», como dice alguno de mis amigos, y la «Sinfonía Tal» puede convertirse en bailable. Son veleidades del eterno «rito» social. El «Don Giovanni» constituye un modelo de «comedia», esto es, de simulación. La música se hace dramática o grotesca, según lo dicta el libreto: un dueto —«La ci darem la mano»— será un portento de gracia amorosa, y es un episodio del donjuanismo burlador... Todo se difumina, cuando uno pone en marcha su tocadiscos: el «Requiem» no suena en una iglesia, ni las otras Misas o Magníficos, ni la digitación del clavicordio o del violín se destina a sesiones de la aristocracia, ni... Mozart, ahora, es un disco de la «sociedad de consumo». Y yo, «consumista» inevitable, le prefiero a Bach, a Wagner, a Brahms, a los atonales, a los del rigo-rigo electrónico, al oleaje wagneriano o de Richard Strauss, al mismísimo «Beguine the beguine», al estupendo jazz del «Du-que», del «Conde» y del difunto Louis Armstrong. Es una preferencia «analfabeta»: yo no sé nada de música, excepto el ser un elemento de la «demanda» en el mercado... En literatura, en pintura, «sé» escoger. En música ni siquiera escojo: digo «Mozart», y siempre es un recurso... Nunca defrauda...

Joan FUSTER